

importancia del regimiento de Patricios en su gestación y el papel de los ingleses, no ignorado por los funcionarios peninsulares.

El tercer capítulo, “Los americanos fidelistas”, se aboca específicamente al análisis de tres testimonios de criollos fidelistas o pro-españoles: el oidor Manuel José de Reyes, el brigadier José Manuel de Goyeneche, y el jurista Pedro Vicente Cañete. De los dos últimos se desprenden lineamientos muy semejantes en relación con sus críticas a la revolución y sus líderes. El caso de Goyeneche es muy interesante ya que se incluye su correspondencia con los generales patriotas Juan Martín de Pueyrredón y Manuel Belgrano, en la que se pueden apreciar el diálogo entre actores de la revolución y la contrarrevolución.

Finalmente, la obra incluye como anexo el “Catecismo Real Patriótico”, escrito por el ya mencionado Cañete, que resulta notable ya que demuestra argumentos históricos e ideológicos realistas para contrarrestar el avance de los principios revolucionarios.

Otro aspecto tan relevante como revelador que resulta de la lectura de los testimonios pro-españoles, es el de las ideas que estos personajes tenían sobre distintos temas políticos, sociales, culturales y económicos, lo cual, indudablemente, permite comprender mejor la época en cuestión.

La obra constituye, pues, un aporte significativo a los estudios sobre la Revolución de Mayo y brinda una perspectiva enriquecedora acerca de ese momento crucial de la historia argentina.

FEDERICO MIGUEL ONETO

ROBERTO RUSSELL (ed.), *Argentina 1910-2010. Balance del siglo*, Buenos Aires, Aguilar- Altea- Taurus- Alfaguara, 2010, pp. 398.

Pocas veces se encuentran libros compilados que presenten tanta cohesión interna como el que ofrece Roberto Russell. No sólo pesa la talla de los colaboradores del libro en el resultado final: Carlos Altamirano, Pablo Gerchunoff, Luis Alberto Romero y Juan Carlos Torre. Es tanto o más significativo el hecho de que el editor de este libro invitara a colaborar a sus autores con una clara idea de lo que aspiraba a lograr como resultado final: un balance del siglo transcurrido entre el primer y el segundo centenario de la Argentina. El libro puede ser leído de muchas maneras. Una de ellas es

como si se tratara de un análisis de la historia argentina, desde las vísperas de la Ley Sáenz Peña, hasta la actualidad. Un balance historiográfico, y no un juicio, de un siglo XX que llevó a la Argentina del optimismo de 1910, con su inagotable promesa de progreso, al desencanto actual, signado por un amenazador nubarrón que sugiere una profunda decadencia. En un siglo, el país atravesó un camino, sin duda sinuoso, en el que por momentos se dejó invadir por la sensación derrotista —y algo exagerada— de que se avecinaba una catástrofe inminente. Y ello a pesar de que Argentina, al menos, tuvo la suerte de no sufrir en su propio territorio ninguna de las devastadoras guerras, algunas de ellas mundiales, que destrozaron países y sociedades enteras en Europa y otras partes. En pleno siglo XX, con sus guerras totales y sus genocidios de millones y millones de personas, Argentina no sufrió, pese a todo, ninguna catástrofe de comparable envergadura a las que, por ejemplo, padeció Europa entre las dos guerras mundiales. Por ejemplo, cuando Stefan Zweig visitó la Argentina en 1936 tuvo la sensación de que aquí las cosas estaban muchísimo mejor que en Europa, a la que creía ya en crisis terminal, y eso que el nazismo no había desplegado todavía toda su potencial agresividad. No hay nada más poderoso que la sensación subjetiva de fracaso, decadencia y desazón para distorsionar la comprensión histórica. En este sentido, pues, nada más atinado que el modo en que este libro plantea este problema, con la intención de deshacer lugares comunes y abordar con ecuanimidad la historia argentina del siglo XX, con todos sus claroscuros.

Los autores de los diversos ensayos abordan la evolución histórica de la Argentina en el siglo XX atendiendo a distintos ejes: la política (Romero), la economía (Gerchunoff), la sociedad (Torre), las relaciones internacionales (Russell) y los intelectuales (Altamirano). La política argentina en el siglo XX estuvo atravesada, en un sentido u otro, por la cuestión de la democracia que, en las últimas décadas, despertó intensos entusiasmos, así como también hondas desilusiones que jaquean día a día —todavía hoy— la estabilidad republicana. La economía, con sus marchas y contramarchas, osciló entre el crecimiento, la inflación endémica y la ilusión de haber sido alguna vez, en un pasado devenido mítico, un país que nadaba en la abundancia. La sociedad fue capaz de alentar durante mucho tiempo la movilidad social ascendente, aunque en las últimas décadas esto se haya vuelto por demás discutible. El universo de las relaciones internacionales fue testigo de cómo la Argentina tuvo en los últimos años una serie de intervenciones no del todo felices en la política exterior pero, no obstante ello, se ha exagerado mucho

la idea de que el país carece de rumbo y se halla casi a la deriva. Los intelectuales por su parte han tendido a enfatizar más de una vez la “excepcionalidad argentina” como si fuera un misterio casi imposible de explicar el hecho de que un país “tan” rico en sus recursos naturales y su geografía atravesara hondas crisis y conflictos —muy similares, en el fondo, a los de todos los demás países, aunque resulte difícil darse cuenta de ello a primera vista—, de ahí que esta cuestión se haya convertido en una especie de lugar común ineludible entre los intelectuales que se dedicaron a “pensar la Argentina”.

Si hay algo que enseña la perspectiva histórica al abordar el desarrollo de un país, sea cual fuere, es a desdramatizar los problemas: no hay necesidad de exagerar las penurias o las crisis padecidas, por más graves que hayan sido. En este sentido, cabe destacar que a pesar de lo dispar de los enfoques de los autores de este libro, todos ellos parecen coincidir en lo infausta que resultó la experiencia que se inauguró en 1976 con la dictadura militar, experiencia cuyas consecuencias no sólo fueron negativas en lo social y en lo político, dada la puesta en marcha del terrorismo de Estado y, años después, la esquizofrénica guerra de Malvinas, sino además en las relaciones internacionales, la economía y la vida cultural en su conjunto. Sus rasgos —se insiste en este libro— fueron más persistentes de lo que se dio en creer luego de 1983 cuando, con un espíritu refundacional, se pretendió, al menos por un momento, borrar de un plumazo el pasado. Pero ese pasado volvió de una y otra forma, ya sea a través de la propia experiencia democrática que no pudo evitar construirse sobre la forzosa retirada de los militares; de las transformaciones económicas iniciadas en los setenta, que tendrán continuidad en políticas neoliberales implementadas años después; de la cerrazón en las posibilidades de ascenso social, que desde la década de 1970 han venido obstaculizándose progresivamente en un país que, hasta esa fecha, a *grosso modo*, se había caracterizado por una intensa movilidad; de la necesidad de reposicionar a la Argentina en el plano internacional, donde perdió credibilidad no siempre bien recuperada en tiempos posteriores, debido a la falta de brillo de la mayor parte de los que lideraron la clase política en la nueva era democrática; de la necesidad de superar la encrucijada que supuso la herencia de los años setenta cuyo legado se transmitió a la vida cultural e intelectual de la democracia, tiñendo buena parte de los debates políticos e intelectuales que vinieron después.

Sin duda, para los que hemos vivido la mayor parte de nuestras vidas bajo la democracia fundada en 1983, que ya lleva —si bien con altibajos—

más de veinticinco años de existencia, y tenemos algún recuerdo, aunque fuere lejano, de la dictadura de 1976, los “años de plomo” representan todo aquello a lo que no quisiéramos nunca más volver. No obstante ello, los historiadores sabemos cuánto puede distorsionarse —sin querer— la comprensión de la historia reciente por obra de la cercanía histórica con la coyuntura que analizamos. Porque, más tarde o más temprano, ya llegarán historiadores que, en clave revisionista, mostrarán que la dictadura de 1976 no fue una discontinuidad radical, desquiciada y patológica, en la historia argentina que echó por tierra todo lo bueno que el país había logrado construir hasta esa fecha; quién sabe cuánto tardemos en contar con una historia del Proceso más matizada, en una escala de grises. Cuando la historiografía de la época de la dictadura logre “enfriarse” un poco, quizás redescubramos —como le ocurrió a la interpretación de la década de 1930 o a la de la época peronista, demonizados hace no mucho tiempo atrás en la historiografía— que hay todavía mucha tela que cortar. Desdramatizar la historia, incluida la más reciente, como propone este libro, parece ser el mejor punto de partida.

MIRANDA LIDA